

VIDAS DE PASIÓN

*La novela biográfica
de la Semana Santa malagueña*

IVÁN DAVID CASTILLO SALINAS

ediciones
del Genal

ENTRA EN

WWW.IVANCASTILLO.ORG

**¡Y COMPARTE TUS EXPERIENCIAS DE LECTURA
Y DE SEMANA SANTA!**



PASIONES PRENATALES

—¡Cuidado, que hay una embarazada! —Se oía entre la multitud.

—Ten cuidado, hija. A ver si te dan un golpe —decía con preocupación una mujer mayor mientras retrocedía intentando no rozarle el vientre—. Que estás ya muy gordita.

—¡A quién se le ocurre meterse aquí con la barriga sabiendo lo que es esto! —mascullaba alguien no muy lejos de ellas, sin preocuparse demasiado por si le oían o no.

La oquedad de un escaparate dio un poco de alivio al momento de angustia que Paz y Soledad, su madre, habían vivido. El numeroso público que se encontraba en torno a ellas se situó de manera que les quedara un poco de espacio, la solidaridad malagueña siempre afloraba en esos momentos de bullicio, y Soledad se colocó a modo de parapeto en el lado opuesto a la esquina del escaparate.

—Podrías haberme avisado de cómo se pone esto, ¿no, mamá? —reprochaba Paz, todavía un poco acelerada.

—Un antojo es un antojo, niña. No te quejes.

En efecto. Esa misma mañana de Domingo de Ramos, Soledad llegó a casa tras asistir al encierro de Pollicina. Se trataba de una de las principales novedades de

aquella Semana Santa, pues era el primer año en que, no sin polémica, esta cofradía realizaba su procesión en horario matutino en vez de hacerlo por la tarde, y allí donde hubiera una novedad cofrade estaba Soledad.

Paz acababa de almorzar y se encontraba relajada en el sofá acariciándose el vientre con la mano. Mientras tanto, su marido Guillermo acababa de fregar los platos. Normalmente era ella quien se encargaba de esa tarea doméstica, pero desde el cuarto mes de embarazo, Guillermo, imbuido por una mezcla de amor profundo y de sentido extremo de la corrección y la responsabilidad —algo inherente a su personalidad, pero que en ocasiones acababa por resultar cargante—, se empeñó en tratarla como si fuera de cristal y hacer todas las tareas por ella. Al principio se resistió un poco, pero pronto acabó accediendo. Paz era mujer de carácter muy débil, y cualquier tipo de conflicto, incluso los de esta índole, le provocaba un considerable malestar.

Al ver entrar a su madre en el salón con su tradicional palma en la mano, la miró a la cara con seriedad y, sin saber muy bien por qué, verbalizó un pensamiento en voz alta:

—Me gustaría ver el encierro del Huerto.

Soledad se sorprendió gratamente. Por más que había intentado fomentar en su hija, desde pequeña, eso que ella llamaba informalmente el *gusanillo semanasantero*, nunca lo había conseguido.

—¡Déjame de procesiones! —solía decirle desde que comenzó a tener cierta autonomía moral—. Ya sabes que no me gusta el *capilleo*.

Era consciente de que debía respetar la voluntad de su hija y de que no tenía por qué compartir su gusto por esta tradición malagueña que ella vivía con profundo fervor; así que, tras intentarlo sin éxito durante algunos años, acabó por aceptar su decisión. Por eso, el deseo de Paz, manifestado además con vehemencia y de manera inesperada, la llenó de ilusión, y se apresuró a responder antes de que su hija tuviera ocasión de arrepentirse.

—¿Sí? Pues no se hable más. Descansa, que esta noche estamos las dos en Los Mártires.

—¿Cómo? —exclamó Guillermo desde la cocina antes de que se oyeran sus pasos acercándose al salón—. ¿Qué se te ha perdido a ti allí en tu estado? ¡Y a esas horas! —le reprochaba con su marcado acento del norte, a la vez que se secaba las manos con un trapo de cocina y la miraba con gesto incrédulo y de preocupación.

—¡Oye! —le espetó Soledad con su habitual desparpajo antes de que su hija tuviera tiempo de contestar—. ¡Que es un antojo! Se acaba de tocar la cara. ¿Quieres que te salga el niño con una mancha en forma de olivo en la mejilla? O peor aún: ¿En forma de Cristo? Y además..., que es Semana Santa. ¡Hay gente en las calles, hombre!

Guillermo arrugó los labios, imaginando lo que describía su suegra en la cara de su hijo. Paz sonrió levemente. Sabía que su madre no compartía esa extendida creencia popular sobre los antojos, y también estaba segura de que no se había tocado la cara. Pero tenía claro que, dada la animadversión de su marido hacia la Iglesia, la remota posibilidad

de que una marca relacionada con ella pudiera quedar en la cara de su hijo para siempre le haría claudicar rápidamente, y Soledad conseguiría disfrutar de una tarde-noche de Domingo de Ramos viendo procesiones con su hija, algo que no ocurría desde los primeros años de la adolescencia de esta.

—Está bien, Soledad. Pero como les pase algo a alguno de los dos...

—No va a pasar nada, yerno, hijo... ¡Ay...! —reprendió maternalmente Soledad.

Guillermo, consciente de lo coherente y responsable, pero también de lo tozuda que era su suegra, prefirió volver a la cocina y continuar con su tarea. Además de contar con una ética a prueba de bombas, era un hombre pausado y reflexivo, seguro de sí mismo y con las ideas muy claras, a veces quizás demasiado claras y estructuradas. No le gustaba discutir y en contadas ocasiones perdía las formas. Esto era constantemente reprendido por Soledad, a la que le enervaba su falta de sangre en las venas y su rigidez de pensamiento:

—Eres un *baío andando*, chiquillo —le decía en broma con frecuencia.

Y allí se encontraban las dos: en la plaza de los Mártires, a la una de la madrugada, con el trono del Cristo frente a ellas y recuperándose del susto por el amago de aplastamiento contra un escaparate. Soledad estaba encantada y deseando que llegara el trono de la Virgen para que comenzara el encierro, y Paz resoplando y mirando a derecha y a izquierda por si en algún momento se veía obligada a escapar. Estaban

muy cerca de calle Mosquera y Andrés Pérez, y eso la tranquilizaba un poco.

Su madre la miró varias veces y, en una de ellas, no pudo soportar más la curiosidad:

—¿Cómo es que te ha dado por venir?

Su hija dudó unos instantes.

—Pues no lo sé... Ha sido como un impulso interior. No te lo sé explicar. En ese momento... me apetecía...

—Eso es que mi nieto va a salir *semanasantero*. —Sonrió Soledad.

—¡Ay, no! Ya le quitaré yo la afición.

Las dos reían con complicidad cuando los arbotantes dorados del trono de la Virgen de la Concepción empezaron a asomar por la esquina de calle Comedias con la plaza. La banda comenzó entonces a tocar de manera repentina y Paz sintió cómo su hijo empezaba a agitarse en su vientre como nunca antes lo había hecho.

—¡No veas cómo se está moviendo, mamá! —decía Paz a su madre al oído para que pudiera oírla, sorprendida y con las dos manos sobre el vientre—. ¡Es tremendo!

—¡Déjalo! ¡Eso es que está disfrutando!

Paz sonrió y se concentró en la cara de la Virgen, que ya había girado completamente y se encontraba en su campo de visión. No recordaba la última vez que había rezado y mucho menos cuándo había visto una procesión por última vez. Era creyente, pero «a su manera», como ella solía decir, y nada practicante. Había multitud de aspectos de la Iglesia

católica con los que no se encontraba de acuerdo, y eso le había hecho alejarse mucho de la fe e incluso rebelarse hacia las creencias que su padre, ya fallecido hacía muchos años, y su madre le habían inculcado. Su marido, por otra parte, era ateo convencido y, aunque respetaba cualquier tipo de creencia, había influido bastante en su alejamiento. También había contribuido a ello la apatía que Paz sufría desde hacía años y el escaso sentido que encontraba a la vida.

Pero aquella noche, y por unos minutos, todo era distinto: sintiendo a su primer hijo en su interior, empatizando con aquella Virgen en su rol de madre que, con la mirada dirigida al cielo, pedía protección para su hijo, y también movida por su advocación —Concepción Dolorosa—, Paz comenzó, casi sin darse cuenta, un diálogo interior con ella. Le rogaba que el parto se desarrollara con normalidad y le confesaba su miedo a sufrir mucho durante el proceso de dar a luz. Le suplicaba que su hijo naciera sano, que fuera un niño feliz, que lo librara de grandes sufrimientos durante su vida y que le diera fuerzas para superar los que fueran inevitables. Acabó también por confesarle un gran temor que no había compartido con nadie, pero que la atenazaba por dentro: su miedo a que su propia fragilidad emocional le impidiera ser una buena madre.

Soledad interrumpió de repente aquel diálogo interior cuando, al llegar la Virgen y situarse frente al Cristo, la banda también paró de tocar un momento y nuevamente pudieron comunicarse con facilidad:

—¿Os habéis decidido ya con el nombre?

—Sí, se va a llamar Sergio —contestó ella tras unos segundos de desconcierto. Por un momento hasta había olvidado que su madre estaba a su lado.

—Am... Está bien. Es bonito. Me gusta. Mi nieto Sergio —le dijo sorprendida pero agradada.

Las campanas de ambos tronos dieron la señal y, casi pillando desprevenida a la multitud, estos se elevaron a pulso entre la algarabía de una plaza de los Mártires repleta de gente que casi se chocaba las manos aplaudiendo al son de las típicas y estridentes campanillas.

—¡Qué bonito!, ¿verdad? —decía Soledad sonriendo con ilusión y mirando a su hija, al tiempo que la brisa de la madrugada abrilena les regalaba a ambas una ráfaga de incienso.

—Sí —respondía ella, que, sin saber por qué, lo estaba disfrutando mucho, a pesar de las fuertes patadas de su hijo y de los muchos movimientos que sentía en su interior cada vez que se producía algún sonido procesionista.

—¿Otra vez se mueve? —preguntó Soledad viendo que Paz volvía a tocarse el vientre.

—No para, vamos. Cada vez que oye algo se vuelve loco. Es la primera vez que se pone así —comentaba con emotiva perplejidad.

Los tronos, después de ser mecidos y levantados a pulso varias veces más, comenzaron a entrar en el *tinglao*, instalado por entonces junto a la iglesia. El trono del Cristo, como ocurriera en más de una ocasión, a punto estuvo de romper los cristales de uno de los balcones de la plaza con aquel majestuoso olivo,

que ese año era aún más grande de lo habitual. Pero, tras el sobresalto inicial, como siempre, no pasó nada.

—¡Qué bajito es este Cristo! —comentaba Paz mientras veía la talla de Fernando Ortiz avanzar de espaldas, alejándose de ellas para adentrarse en aquel artilugio compuesto por una especie de andamios cubiertos de plásticos, tan típico y normalizado en aquella época y que, pocos años después, sería historia cofrade.

—Otra igual. No, no es bajito. El Cristo está de rodillas. Lo que ocurre es que el corte de la túnica hace parecer que está de pie. Por eso parece bajito, pero, si cuentas la parte de las piernas que está replegada, es incluso más alto de lo normal.

Los sones del himno nacional impidieron a Paz dar la razón a su madre y, entre campanas, vítores y aplausos, la —por entonces— última cofradía de la jornada finalizó su salida procesional.

Paz y Soledad esperaron a que se disolviera un poco el gentío y abandonaron la plaza tomando calle Andrés Pérez.

—Bueno, pues ya ha vivido su primera Semana Santa. Y por lo que parece, le ha gustado —decía Soledad dando cuidadosos toques en el vientre de su hija.

Sergio le dio en ese momento una patadita más a su abuela, casi como si verdaderamente le estuviera respondiendo o concediéndole la razón.

—Esperemos que no le guste mucho —replicaba Paz justo después, al imaginarse los siguientes años recorriéndose el centro histórico de la mano de su hijo.

—Bueno, bueno..., el tiempo dirá...

Sergio, evidentemente, no pudo ver nada aquella noche de Domingo de Ramos. Solo oyó la música, las campanas y sintió el gentío y el ambiente cofrade malagueño de aquellos primeros años de la década de los ochenta. Por supuesto, no recordaría durante su vida ni lo más mínimo de la escena vivida cuando aún estaba en el interior del vientre materno, pero lo cierto es que aquel fue su primer momento de disfrute, y también el primero de los muchos que la Semana Santa le proporcionaría a lo largo de su existencia.

—¡No te puedes ni imaginar cómo te movías! —tuvo que oír reiteradamente cada vez que su abuela o su madre decidían recordar la anécdota de aquel Domingo de Ramos en el que casi lo aplastan contra un escaparate en el encierro del Huerto—. Cuando era en Los Mártires —apostillaba siempre Soledad como si fuera la primera vez que lo decía.

II ENCUENTROS Y REENCUENTROS ENTRE PALMAS Y OLIVOS

El tiempo comenzaría a correr, el primer grano de arena cayó en el reloj la mañana en que el milagro de la vida iluminó con su magia a la familia, cambiándola para siempre. Vendría acompañado de un colorido torbellino de olores, sonidos y sensaciones que inundarían aquel piso del barrio de Capuchinos y otorgaría una nueva estética y atmósfera a su interior. Inauguraba un tiempo de gateos, balbuceos y carcajadas contagiosas, marcado también por algún que otro susto o noche sin dormir. Los juegos en los parques cercanos a la casa y los paseos por las calles del barrio se adueñaron pronto de las tardes soleadas de invierno, y los baños en el mar se hicieron protagonistas de las calurosas jornadas de estío. También en poco tiempo, casi en un abrir y cerrar de ojos, llegarían los primeros días de clase; las primeras amistades, frágiles y volubles al principio; las reuniones con profesores y las horas de juego con los niños del bloque en el portal, todas las que permitían los deberes del colegio. La frescura de la niñez entró con toda su fuerza en las vidas de Paz, Guillermo y Soledad, arrasando con un dulzor placentero todo lo que encontraba a su paso y concediéndole un nuevo rumbo, distinto en cada periodo, pero con un motor común: un sentimiento mucho más fuerte que el amor y la felicidad unidos y elevados a la máxima potencia. Y, aunque

resultaba agotador en ocasiones, conseguía que el sol brillara con más fuerza cada mañana.

Sergio llegó al mundo un caluroso diez de junio. Su nacimiento supondría una inyección de energía y alegría para su «abuela Soleta», como él la llamaba a veces de manera cariñosa; y de ilusión, vitalidad y humanidad para sus padres, a quienes sus sonrisas, caricias y ocurrencias hicieron mitigar un poco aquella actitud un tanto rígida y apática que tenían ante la vida y que Soledad tanto les reprendía:

—¡Que tenéis un niño pequeño, leche! Tiene que ver alegría.

Y así, diez Domingos de Ramos después de aquel encierro en la plaza de Los Mártires, Paz y Soledad volvían —por enésima vez— a rememorarle al pasar por allí y ver de lejos aquel *tinglao* con todos los elementos preparados para efectuar esa tarde su salida procesional. Siendo ese año la penúltima cofradía de la jornada, apenas había aún movimiento alrededor de los tronos, pero sí podía verse a algunos hermanos ultimando detalles y recibiendo visitas.

—En ese escaparate fue. Mira, nene... —decía Paz señalando la tienda que seguía existiendo en el mismo lugar.

—¡Corre, que se me escapa! —respondía él unos pasos delante de ellos, cansado de oír siempre la misma historia y preocupado por la posibilidad de perderse la procesión de Pollinica, que ya estaba próxima a su encierro.

—No pasa nada; hay tiempo, Sergio —sonreía su abuela complacida, intentando con cierta dificultad seguirle el ritmo.

—Este niño, de aquí a que se pueda ir solo, acaba con nosotros, Guillermo —se quejaba Paz sonriendo a su marido.

—Ya ves —respondía él mientras se encendía con tranquilidad un cigarrillo para ralentizar el paso, esperanzado, en su fuero interno, de que la afición de su hijo fuera solo una racha, una fiebre infantil, y que pronto volviera a obsesionarse con el fútbol, como todo buen preadolescente.

Sergio contaba ya con nueve años, «nueve para diez», como solía decir siempre su abuela. Era un niño de pelo moreno azabache y muy blanco de piel, lo que provocaba un contraste que, lejos de producir extrañeza, le daba un encanto especial. Tenía también algunas pecas en las mejillas, pero muy disimuladas y favorecedoras. Sus ojos eran enormes y profundos y con un intenso azul cielo heredado de su abuela. Su lacia melena, a la altura de la barbilla, muy de moda en esa época, se iba haciendo más larga a medida que se alejaba de su cara en dirección a la nuca. Era, sin embargo, un tanto bajito para su edad, lo que provocaba a veces alguna que otra burla de sus compañeros de clase. Pero a él eso no le importaba lo más mínimo; sabía hacer que los comentarios malintencionados le resbalaran, y también, llegado el caso, sabía hacerse respetar por sus iguales y dejar claros los límites. Era un niño feliz, con sentido del humor, inteligencia y con la misma seguridad en sí mismo que su padre. Era, eso sí, mucho menos rígido de pensamiento, gracias, sobre todo, a los esfuerzos de su abuela Soledad por enseñarle a disfrutar de los pequeños y grandes placeres de la vida.

Sergio, en su afán por llegar cuanto antes a calle Císter, se había alejado bastante, y, al finalizar calle Santa Lucía para

tomar Granada, la enorme cantidad de sillas situadas en lo que por aquel entonces era recorrido oficial provocaron el temor de Paz a que pudiera perderse o despistarse.

—Ven aquí, nene. Dame la mano.

—¡Venga! —reprochaba él, resoplando y dando suaves patadas de impotencia en el suelo.

Mientras bajaba aquella vía procesionista de la mano de Paz, Sergio miraba con ilusión la tribuna oficial de la plaza de la Constitución, las gotas de cera que los nazarenos de Pollinica ya habían derramado sobre el asfalto, las filas de sillas a ambos lados de la calle... A su corta edad, casi todo resultaba nuevo y, en esos días, la transformación que experimentaba Málaga le resultaba casi mágica.

—Verás el día que nos da el niño —decía Guillermo a su suegra entre dientes mientras atravesaba el paso que les daba acceso a calle Santa María. Soledad lo miró y torció un poco el gesto.

En el último tramo de esta calle pudieron ya avistar el Patio de los Naranjos y, frente a él, entre el gentío, la punta de los capirotos blancos de Jesús a su Entrada en Jerusalén. En ese mismo momento, los tambores volvieron a resonar tras una pausa.

—¡Está ahí! —gritó Sergio entusiasmado, soltando de nuevo la mano de su madre y echando a correr como si hubiera visto una verdadera aparición divina.

Sergio se encontraba en ese periodo de la infancia en el que la realidad exterior, que siempre estuvo presente, entraba verdaderamente en él. Su día a día era un sinfín de

preguntas, dudas, curiosidades, pequeños experimentos, exploraciones e investigaciones. Su personalidad empezaba también a conformarse y, con ella, sus gustos, preferencias y aficiones. Comenzaba a tener criterio y a posicionarse ante distintas cuestiones vitales, aunque sus juicios y argumentos aún no tuvieran demasiada firmeza ni fundamento y estuvieran en continuo cambio.

Por eso, aunque había acudido a ver procesiones desde su más tierna infancia —sobre todo con su abuela; de eso ya se encargaba ella—, fue en ese último año, aproximadamente tras la Semana Santa anterior, cuando el tema, sin motivo aparente, tomó para él una dimensión especial: revisaba los itinerarios una y otra vez, jugaba «a los tronos», recreándolos con plastilina y con sus juegos de construcciones, se imaginaba cómo serían aquellas pocas cofradías que aún no había llegado a ver —y ardía en deseos por verlas—, y sobre todo, acribillaba a preguntas sobre Semana Santa a los adultos de su entorno todos los días y a todas horas, hasta en las cenas de Nochebuena y Nochevieja.

—Este ha salido a ti en esto, mamá —reprochaba Paz a su madre cada vez que la insistencia de su hijo en el mismo tema le sacaba de quicio.

—Algo tenía que sacar, aparte de mis ojos azules, ¿no? —contestaba con una sonrisa en los labios, orgullosa de que, si con su hija no lo había conseguido, al menos sus intencionadas influencias sí que habían surtido efecto en su nieto.

Soledad, Paz y Guillermo tardaron un poco más en avanzar ese último tramo de la calle. La abuela acababa de

cumplir 70 años y, aunque se esforzara por disimularlo, sus fuerzas ya no era las mismas de antes.

Cuando llegaron hasta él, Soledad se situó a su espalda y le deslizó los brazos sobre los hombros, uniendo las manos a la altura de su pecho. Él las apretó con las suyas y apoyó sonriente la cabeza en su regazo.

La conexión entre Sergio y su abuela Soleta era muy especial. Quería, por supuesto, mucho a sus padres, pero se sentía mucho más comprendido por su abuela y mucho más cercano en su forma de pensar y de entender el mundo, a pesar de la amplia diferencia generacional que existía entre ambos. La fantasía y el colorido de su mundo interior, propios de su edad, chocaban con la visión gris y anodina que sus progenitores, y sobre todo su madre, tenían del mundo. Soledad, en cambio, o al menos él así lo veía, albergaba un arcoíris de colores en su interior, capaz de iluminar hasta la más oscura tarde de invierno.

El trono del Cristo se encontraba ya entrando en calle Císter, por lo que al siguiente toque de campana Sergio lo tendría ante sus ojos.

El espíritu infantil que constituye el sello de la hermandad, junto con aquella burrita como coprotagonista del misterio, la corta edad de la mayoría de los integrantes del cortejo y la alegría de su transcurrir, hacían que Sergio se sintiera más cerca aún a aquel Cristo, todavía triunfante, que desfilaba sereno y entre marchas alegres ante él.

Cuando la banda ya estaba lo suficientemente lejos, Sergio se atrevió a preguntar:

—El Cristo está entrando en Belén, ¿verdad, abuela?

—En Jerusalén, mi vida. En Belén es donde nació.

—¡Uy! ¡Qué fallo! —decía ocultándose cómicamente la cara con las manos.

Su escasa estatura le impedía ver demasiado, pero se las arreglaba para encontrar su hueco y observar con atención para preguntar sin parar:

—¿Y eso dorado para qué sirve?

—¿Y por qué ese nazareno lleva un bastón de hierro?

—¿Y cómo se llama...?

Soledad le respondía con total y absoluta paciencia, aunque en muchos casos no conocía la respuesta a sus preguntas y se lo reconocía sin problemas.

—Abuela, ¿tú te acuerdas de todas las Semanas Santas de tu vida? —preguntó Sergio sonriente, girando la cabeza hacia atrás para verla del revés. Le fascinaba imaginarse a su abuela, de niña, viendo procesiones y disfrutando de la Semana Santa cuando tenía la misma edad que él. Su fantasía, sin embargo, distaba bastante de la realidad.

—Sí, cariño —contestó ella cambiando la sonrisa con que lo contemplaba por un gesto más adusto—. Las recuerdo todas.

—¿Cuál es la más antigua que recuerdas? —insistió él con curiosidad.

Soledad desvió la mirada y suspiró:

—La de 1931.

—¡Hala!

A Soledad no le gustaba hurgar en su pasado. Con frecuencia algo hacía reavivar los rescoldos de un fuego que durante mucho tiempo la abrasó por dentro y que, con los años, había conseguido apagar y reducir casi a cenizas... Solo casi.

La pregunta inocente de su nieto la trasladó al lejano Domingo de Ramos de aquel agitado año en el que aquellos ojos azules, aún con el vigor de la niñez, pero también con la tristeza del desamparo, se asomaban por las esquinas de las calles del centro histórico de Málaga, guiados por el interés que habían despertado en ella los sones de unos tambores y trompetas que sonaban estridentes en la lejanía. Aquella niña mugrienta y cubierta con harapos avanzaba lenta y dubitativa por calle Especerías, debatiéndose entre su curiosidad y su temor, cuando, de repente, apareció Él, Jesús a su Entrada en Jerusalén.

Le sorprendió mucho ver a un Cristo en la calle, y más aún lo hizo su iconografía. Acostumbrada al crucificado agonizante de la iglesia de su pueblo, aquel Señor detenido de cara a ella antes de ingresar en calle Nueva, representado subido a una borriquita y con otra más pequeña a su lado, le resultó una imagen dulce y cercana que parecía caminar sobre el numeroso público congregado a ambos lados de la vía.

La mirada de la niña, acelerando el paso para acercarse, quedó clavada en aquella talla cuya fuerza devocional superaba con creces su valor artístico. Tal fue el hechizo que olvidó su temor por unos instantes para rogar a aquel Cristo —que parecía atraer tanto a los niños que lo acompañaban, y que se veían tan felices de la mano de sus padres

o subidos a hombros para contemplarlo mejor— que le permitiera algo tan simple y a la vez tan importante como volver a ser una niña.

De repente la aparición de un policía junto al trono hizo que Soledad volviera de golpe a la realidad y huyera a toda prisa en dirección a calle Pozos Dulces, de donde, estaba segura, no debería haber salido.